

en cuyas transparentes aguas, se ven nadar curiosos pescados de colores; alrededor de la alberca, corre una fila de mirtos y otros arbustos, recortados de tal manera que su superficie es enteramente plana; á cada extremo del patio hay una galería graciosamente sostenida por delgadas columnitas de mármol, de cuyos capiteles salen aéreos y fantásticos arcos, que son un prodigio por su gusto y delicadeza.

En cada galería hay una fuente cuyas aguas alimentan la alberca.

En las aguas de este estanque se refleja curiosamente la torre de Comares que sirve de cúpula al Salón de Embajadores y que está al lado norte del patio.

Una de las habitaciones más grandes de este palacio es la citada Sala de Embajadores, que ocupa todo el interior de la Torre de Comares y que era en donde recibían los Reyes Moros.

Es un salón perfectamente cuadrado, de 137 pies de longitud por lado: sus paredes llegan á un altura de 60 y el centro de su bóveda á 75 pies. Tres rasgadas ventanas dan luz á este salón.

El trono estaba situado en la pared frente á la entrada: toda la pared alrededor, hasta la altura de cuatro pies, está revestida de azulejos cuyo color varía á intervalos: encima, hay unos medallones ovales adornados de inscripciones entrelazadas de hojas y flores, y luego sigue la pared cubierta de obras de estuco que forman una verdadera red, de dibujo tan delicado y de aspecto tan aéreo, ligero y transparente, que sólo se le puede comparar á muchos encajes y blondas sobrepuestos.

Los lados de las puertas, los arcos de las ventanas y los frisos, tienen inscripciones que generalmente son sentencias del Corán, perfectamente adaptadas al espacio que ocupan.

Lo más notable del salón es la bóveda, que en cierto modo imita la bóveda celeste.

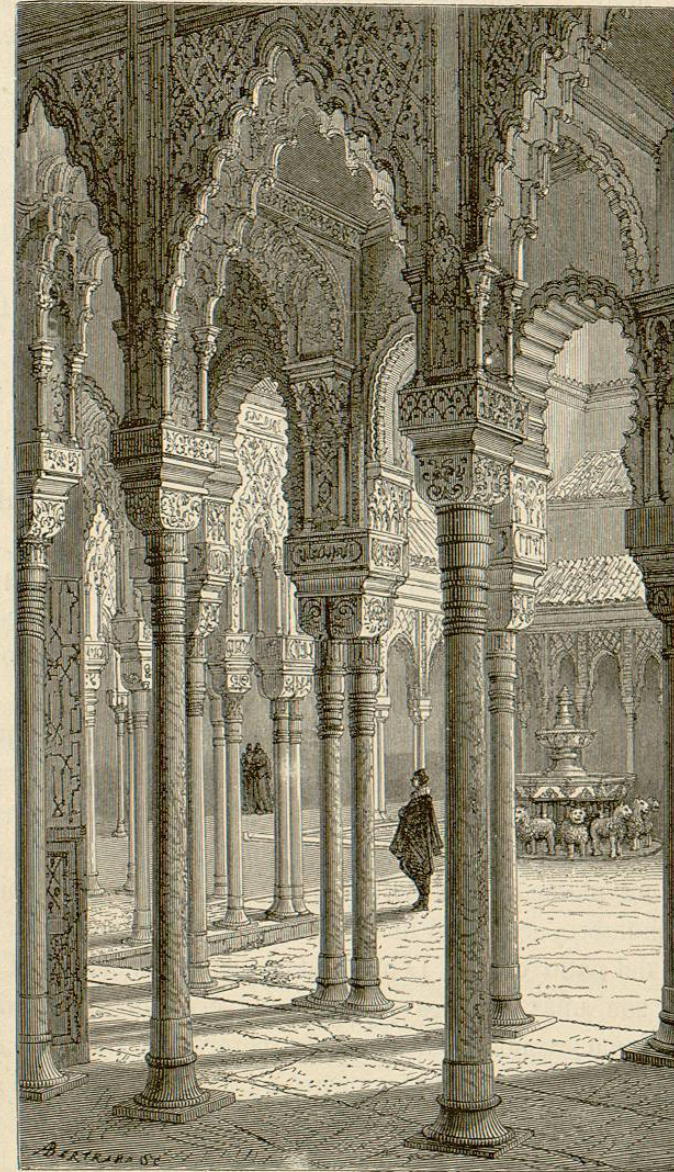
Construída de madera de cedro con incrustaciones de nácar, es un espécimen de esas combinaciones de que los arquitectos árabes hacían alarde, figurando círculos, coronas y estrellas en los atrevidos ángulos entrantes y salientes de las diversas piezas ensambladas, y ostentosamente pintada de azul, blanco y oro. Causa verdadero asombro ver como puede sostenerse sin caer esta deslumbrante masa de *bullones* y estalactitas.

Al través de la puerta principal de esta sala, se ven el estanque, los arbustos y las afligranadas columnas del patio de los arrayanes. Del balcón que queda frente á la entrada se disfruta de un panorama espléndido: se ve el Albaicín, barrio de Granada y la poética pendiente que encajona la corriente del Darro.

No sé que haya en alguna parte del mundo un salón de palacio que pueda igualar en ostentación, gracia y delicadeza á este salón de Embajadores.

Otro de los patios le nombran de los Leones, porque hay en su centro una gran

fuelle de alabastro, llamada *el mar*, sostenida por doce leones de mármol: el piso está preciosamente embaldosado y corre á su alrededor un pórtico formado



GRANADA. EL PATIO DE LOS LEONES EN LA ALHAMBRA.

por más de ciento veinte columnas de mármol, y arcadas en forma de hojas de trébol: á los extremos hay dos pabellones cobijando cada uno su fuente.

Corre por la pared de esas galerías una especie de guardapolvo, de cinco pies de altura, de tejas azules y amarillas, limitado arriba y abajo por líneas de oro y azul.



Las columnas están en un aparente desorden, distribuídas en grupos de á tres y de á cuatro, y, tanto por su esbeltez y delicadeza, como por las ingeniosas y afligranadas obras de estuco que, cual bordados de oro y seda, hay en los entrepaños, arcos, y capiteles, así como por los arcos colgantes, las pequeñas bóvedas y nichos, es este recinto maravilla del genio y del arte, una fantástica mansión de hadas.

A un lado de este patio está la sala de los Abencerrajes: en esta habitación, según la leyenda, Boabdil, instigado por su madre Aïssa, después de destronar en 1482, á su padre Abdul-Hassán, tras de una aparente reconciliación con los Abencerrajes que habían sostenido al monarca destronado, los invitó á un festín y los hizo asesinar.

Eran 37, valientes guerreros y todos jefes de las más ilustres familias del reino de Granada.

Esta sala es cuadrada: las paredes están revestidas de preciosas obras de estuco y hay en el centro una gran fuente de mármol, en donde dicen que cayeron las cabezas de los Abencerrajes: se muestran á los visitantes unas manchas rojizas, en el fondo de esa fuente, atribuídas á la sangre de los asesinados.

La bóveda de esta sala que es muy elevada está pintada de azul, gris, rojo y oro.

Al otro lado del patio de los Leones, y frente á la sala de los Abencerrajes está la sala de las Dos Hermanas: se le llama así porque su pavimento está compuesto de dos bellísimas lozas de mármol blanco.

El guarda polvo está formado de azulejos; las obras de estuco que revisten las paredes son un dechado de paciencia y delicadeza: una murmurante fuente que hay en el centro refresca el ambiente; y la bóveda que aparece como de estalactitas, es un sorprendente modelo del ingenio y paciencia moriscos. Con decir que cinco mil piezas de madera están entremezcladas y combinadas para formar esta techumbre, se tendrá una leve idea de lo que puede ser esta obra.

En el fondo del patio de los Leones está la sala llamada el Tribunal: lo notable en ella son unas grandes pinturas que decoran su bóveda: la una representa una dama presidiendo un combate; la otra el patio de los Leones, que acabamos de ver y en que se mira un torneo ó corrida de armas desempeñado por varios combatientes; la última representa un diván: se dice que estas pinturas son de origen árabe, lo que les da un gran interés, pues es lo único que en materia de pintura se conserva de esos privilegiados artistas.

Dignos de este palacio de maravillas son también el Mirador de Lindaraja cuyas ventanas dan á un precioso jardín, y que comunica por una puerta con la sala de las Dos Hermanas: el Peinador y el Tocador de la Reina, obras de gusto, delicadeza y gran magnificencia: el Mirador, construído sobre una torre, domina una gran parte de los alrededores de la Alhambra y ofrece una vista deliciosa.

En el patio de los Arrayanes, se ve un vaso de porcelana, como de cuatro pies de altura, hermosamente esmaltado de azul, blanco y oro. Data del año de 1320 y se tiene como el más bello espécimen del arte cerámico moro, en su primer período.

Hay otro patio, el de la Mezquita, lugar embellecido por una alta fuente de mármol figurando una concha y con bellas galerías á sus lados; sembrado de limoneros, naranjos y cidros, y perfumado por mirtos, jazmines y acacias.

Al terminar este patio, están los baños de las Sultanas, departamento dividido en varias piezas: una destinada á las Sultanas, con piso y tazones de mármol y pequeñas horadaciones en la bóveda, figurando estrellas por donde pasaba el agua; otra con pilas más pequeñas, sin duda para los niños; y otra con alcobas también de mármol, en que tendidas en sus lechos, reposaban las Sultanas después del baño, mientras que músicos situados en una galería inmediata, más elevada, halagaban sus oídos.

Las paredes de todas estas piezas están revestidas hasta la altura de un hombre, de azulejos de diversos colores.

Hay también una sala llamada de los Secretos, porque tiene su bóveda la cualidad de conducir los sonidos de un extremo al otro del local.

El conjunto de bellezas que se admiran en el palacio de la Alhambra, pasa la inteligencia. Todos los misterios de Egipto, los perfumes de la India, los esplendores del Oriente, están aquí reunidos. Es un sueño de árabe, realizado, una mansión de hadas, un poema oriental escrito en piedra.

Por los datos históricos, se sabe que este palacio fué construído en diversas épocas desde el año de 1248 al de 1354 en tiempo de Ibn-el-Ahmar y sus sucesores: otros atribuyen su fundación á Abú-Abdallá-ben-Naser: sus principales pinturas y ornamentación interior se deben á Yusuf I, que murió en 1354.

Parece que la más negra fatalidad persigue á esta perla del arte morisco. Desde que salió de este palacio el desventurado Boabdil, la brutal soldadesca que penetró en él, cometió los más punibles actos de expoliación y vandalismo.

Los muebles fueron rotos, las telas desgarradas ó ensuciadas, borradas las pinturas.

Con espesas lechadas de cal fueron cubiertos los delicadísimos y sorprendentes bordados de piedra, así como las afligranadas obras de estuco, joyas de genio y de paciencia.

Ya he dicho lo que la Alhambra debe á los Reyes Católicos y á Carlos V. Felipe V italianizó las habitaciones, y levantó tabiques que perjudicaron la vista de las decoraciones. El general francés Sebastiani, cuando en 1812 atacó á Granada, hizo volar varias de las Torres de la Alhambra y produjo con su artillería desperfectos en el palacio.



Un temblor de tierra en 1821 perjudicó también el edificio.

Agregando á ésto la suma incuria con que las autoridades españolas han tenido este palacio, es un verdadero milagro, debido sin duda á lo benigno del clima, que se haya conservado lo que aun vemos en él.

En una eminencia inmediata á la Alhambra, está el Generalife (Djennat-al-arif) que significa según unos, Jardín del Arquitecto, y según otros Casa de Fiestas.

El caso es que aquí habitó primero el inspector de los trabajos de la Alhambra, y que, comprada esta propiedad por los Reyes Moros, la hicieron su mansión de verano.

Aunque este edificio está adornado con la magnificencia morisca, lo más notable en él son sus fuentes y bellísimos jardines.

Al considerar en conjunto el palacio de la Alhambra sorprende el adelanto que la arquitectura había alcanzado entre los Moros.

La distribución de puertas y ventanas para tener una libre ventilación, los sombríos jardines y surtidores de agua para refrescar la atmósfera, la situación de todo el edificio dominando los puntos inmediatos y gozándose desde él de vistas y paisajes encantadores, sólo pudo conseguirse por arquitectos de alta inteligencia.

Desde las alturas de la Alhambra y del Generalife, se divisan varios puntos en la Sierra Nevada, cuya proximidad parece aumentarse por la limpidez del aire, y que son otros tantos recuerdos dejados por los Moros. El palacio de Darlaroco, la Silla del Moro, el palacio de los Alixares, graciosamente reclinados en el costado de la Sierra, así como varias cisternas y receptáculos para las aguas que provienen de los deshielos, son de un aspecto encantador. En la cima de la montaña y ya para descender al lado opuesto, hay un punto en el que refieren se detuvo llorando Boabdil para ver por última vez á su perdida Granada; á ese lugar le denominan poéticamente el « Suspiro del Moro ». La madre de Boabdil al verle contristado le dijo: « Lloro como mujer lo que no supiste defender como hombre. »

Al contemplar todo ésto no se pueden, menos de recordar las palabras y melancólica música de la popular canción llamada *La Golondrina*, que tan bien pinta las emociones de agonía, que aquel infortunado monarca debe haber sufrido al tener que dejar este paraíso en cambio de las abrasadas arenas del África.

Después de descender de la colina de la Alhambra, mi cicerone me llevó al Albaicín, barrio morisco situado sobre otra colina, en frente de aquella, y separado por la corriente del Darro: este barrio con sus estrechas y torcidas calles y con sus construcciones de estilo árabe, es interesantísimo para los hombres de estudio que visitan á Granada. Sus moradores casi todos son gitanos.

Pero la parte más importante de la población actual, en donde están sus

mejores calles y plazas, así como sus edificios de estilo moderno, se encuentra en la falda de las colinas y en donde principia la extensa y pintoresca vega de Granada: la plaza de Bibrambla, la Alcaicería, la ruidosa y sombría calle del Zacatín, la majestuosa puerta de Elvira, construída por los Moros, la Alameda ó paseo de invierno y el Salón de verano en las orillas del Jenil.



UNA JOVEN ESPAÑOLA.

La Alcaicería, especie de Bazar oriental, obra de los Moros, y destinada como su nombre lo indica para la venta de seda, es muy notable en la parte que escapó á un incendio ocurrido en 1843.

En una de las plazas, hay una estatua de Doña Mariana Pineda, heroína de la libertad, que murió en el cadalso por haber bordado un pendón para los liberales y no haberlos querido denunciar.

Mi cicerone me informó que en cuanto á instruccion pública, Granada iba á la cabeza de las demás capitales de provincia. Tiene Biblioteca, Universidad, facultades de Medicina y Cirujía; clases de Matemáticas, Pintura é Idiomas: hay un Liceo artístico literario, un establecimiento de química aplicada á las artes, y numerosas escuelas gratuitas para niños.



En la noche, me presentó á una familia granadina en la que había una joven de conversación saladísima, que me hizo pasar un rato muy agradable.

*29 de Julio.*

Hoy salí á las cuatro de la mañana para Córdoba, á fin de continuar mi marcha para Valencia y el resto de España.

En el camino no pude menos de reflexionar sobre la actual situación de Granada.

Conquistada por los Reyes llamados Católicos, en 1492, ¿ ha ganado ó perdido después de esta conquista ?

Veámoslo. Granada fundada en el siglo X, alcanzó su mayor esplendor bajo el dominio de los Moros de 1235 á 1492, y fué capital de un reino independiente; tuvo la población altas murallas flanqueadas por 1030 torres; en su seno había 400,000 habitantes; la ciudad era rica, espléndida, industrial; contaba con 60,000 talleres de manufacturas de seda: la fortaleza y jardines de la Alhambra y su palacio, llamado Casa Real, eran una maravilla del mundo artístico, así como el mirador del Generalife y la Silla del Moro en la elevada cuesta de Sierra Nevada eran portentos de belleza y de opulencia, ¿ y qué son ahora ?

La espléndida capital de un reino, es una simple ciudad de provincia. Los 400,000 habitantes están reducidos á 65,000.

De los millares de talleres sólo quedan unos cuantos: las innumerables torres, las soberbias murallas desaparecieron: la Alhambra, el Generalife y tantas maravillas del poder agareno, hoy son casi ruinas tan poco apreciadas como mal atendidas por sus guardianes.

Todo lo perdió Granada; pero en cambio, se me dirá, sus habitantes ahora son cristianos y no adoradores del zancarrón de Mahoma, y sobre todo la ciudad tiene hoy la honra de encerrar las cenizas de Fernando é Isabel y de Gonzalo de Córdoba.

La conquista de un pueblo apenas podría medio justificarse, dando á sus habitantes civilización, riqueza, prosperidad y bienestar; pero cuando sucede lo contrario, se convierte en un horrible crimen.

La conquista de Granada no puede ser una gloria para Fernando é Isabel.

No por el hecho de armas, porque combatieron con el ejército de toda España contra un pequeño reino desangrado por las luchas civiles: no por las consecuencias de esta conquista, porque lo que era un reino opulento y rico, fué convertido en provincia; porque lo que era una capital esplendente y bella, emporio de la industria y de los artes, vino á ser un pueblo sin importancia, con su industria muerta, sus edificios arruinados, con sus habitantes reducidos

á menos de la sexta parte de los que antes la poblaban; y con su ruido, su opulencia y su riqueza convertidos en recuerdos históricos.

Para los contemporáneos que presenciaron la entrada de los Reyes Católicos en Granada, que vieron el número de muertos hechos al enemigo y que contaron los trofeos quitados al Moro fugitivo, la toma de la ciudad sería un gran triunfo que circundó de gloria las sienes de los reyes batalladores; pero el frío razonador no puede aprobar que á los cristianos asista el derecho de exterminar á los Árabes, sólo porque los primeros tengan á un Jesucristo y los segundos á un Mahoma por intermediario de su soñado cielo.

La historia no da gloria á los que conquistan pueblos para empobrecerlos y arruinarlos, ni la humanidad tributa aplausos á los que á sangre y fuego arrebatan palacios para convertirlos en muladares.

Si los monarcas españoles comprendiendo bien los intereses de su país, se hubiesen armonizado de algún modo con los reyes moros, la Península hubiera conservado por largos siglos el cetro del progreso y de la civilización. >